

Tenia de la dura competencia
Traspasado de tiros el escudo,
Y procuró salir de la pendencia
Viéndose de los suyos tan desnudo;
Al fin con perdidosa resistencia
Embarcóse con todos los que pudo;
Quedaron deste grande vencimiento
Los indios con mayor atrevimiento.

Porque días después del alboroto
Del trance que dijimos riguroso,
A la misma conquista vino Soto
Capitán de Pirú muy valeroso;
Pero de aquella suerte fué remoto
En esta, donde vino poderoso,
Por hallar gente pobre no tan blanda,
Y así murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,
Conclusos estos trances que resumo,
Un caballero Pedro de Ahumada,
Mas ahumada fué que no dió humo;
Pues no quiso hacer la tal entrada
Pareciéndole ser de poco zumo,
Y después muchas naos pasajeras
Se perdieron entre estas gentes fieras.

En los que naufragaban se hacía
Por estos indios poco compasivos
Lo que su condición crúel pedía
Después ya de sujetos y captivos;
Aunque después, según que se decía,
Algunos dellos se hallaron vivos,
Pintados como indios y á su modo
En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reveses
Quisiera poseer estas riberas
Impetuosa fuerza de franceses,
Y allí pusieron armas y banderas,
Gran cantidad de tiros y paveses
Para robar las naos pasajeras,
Pareciéndoles ser aqueste puesto
Para tales designios bien compuesto.

Pero Filipo magno, rey de España,
Siendo de tales cosas informado,
Para descomponer la gran compañía
Del cosario francés desacatado,
Envió capitán de buena maña,
Que fué Melendez el adelantado,
El cual de dentro y fuera de su fuerte
A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío
De tierras de tan gran inconveniente,
Nuestro rey se las dió por señorío
Y están pobladas ya de nuestra gente;
Pero quiero volver al curso mío,
Y al Joan Ponce que dejó mal doliente,
El cual con sus soldados encamina
Sus naos á la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida
Llegó con las reliquias del armada:
Reconoció cercana su caída,
Dispúsose muy bien á la jornada;
Dió fin á los trabajos desta vida
Pocos días después de su llegada,
Con gran dolor de todas estas gentes,
De mujer y de hijos y parientes.

Algo fué rojo, de gracioso gesto,
Afable, bien querido de su gente,
En todas proporciones bien compuesto,
Sufridor de trabajos grandemente,
En cualesquier peligros el mas presto,
No sin extremos grandes de valiente,
Enemigo de amigos de regalos,
Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales,
Vecinos de la isla Fernandina,
Solentaron estos funerales,
Con gran autoridad y pompa dina,
Según las ceremonias de los tales
Al tiempo que al sepulcro se camina:
Y en el túmulo alto que tenía
Un distico pusieron que decía:

*Mole sub hac fortis requiescant ossa Leonis,
Qui vici factis nomina magna suis.*

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varón,
Que en el nombre fué Leon
Y mucho mas en el hecho.

ELEGIA VII.

*Elogio de DIEGO VELAZQUEZ DE GUÉLLAR, adelantado y go-
bernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la des-
cripción della y la relación de cosas allí acontecidas.*

EN UN SOLO CANTO.

Otro varón cantamos valeroso
Que fué no menos digno de escritura,
Diego Velazquez, hombre venturoso,
Y que pudo tener mayor ventura,
Si acaso por gozar ya de reposo
No perdiera sazón y coyuntura,
Fiando su poder y sus intentos
A capitán de grandes pensamientos.

Fué natural de Guéllar, en España,
De parentela noble descendiente,
Maneobo principal en la compañía
Cuando trajo Colon segunda gente;
Fué siempre capitán de buena maña,
Para cualesquier guerras suficiente,
Pues ó con gentes ó persona sola
Sirvió muy bien al rey en la Española.

Aquesta como fuese conquistada,
Y la de Cuba solamente vista,
Siendo digna también de ser poblada,
Por gente cuya fuerza no resistía,
Fué Sebastian de Ocampo con armada
A quien el cargo dió de su conquista,
El comendador Nicolas de Ovando
Que entonces en las Indias tuvo mando.

El Ocampo, no siendo tan bastante
Que pudiese vencer aquesta gente,
Don Diego, sucesor del almirante,
Al Velazquez nombró por su teniente,
Para tales conquistas importante
Y en ellas muy cursado y escelente;
El cual con el recaudo que convino
Con brevedad anduvo su camino.

Porque desde Hayti derecha vía
A lo que Cuba tiene mas cercano,
Ochenta millas son de travesía
O veinte leguas de uso castellano;
Jamaica le dan al mediodía,
Al oriente Hayti toma la mano,
Al norte la Florida va corriente,
Yucatan á la parte del poniente.

Tiene, según se ve por experiencia,
De aquel los que mejor han hecho cuenta
Seiscientas leguas de circunferencia,
Y por la mas anchura son selenta;
Hoja de salce es el apariencia,
Y así por partes es menos de treinta,
Todo lo mas es monte y espesura,
Y mas de veinte grados el altura.

Año de once, hizo su llegada,
Sobre mil y quinientos ya pasados,
Comenzó la conquista deseada
Con diestros y fortísimos soldados
Sucedíole muy bien en la jornada
Por no tener reencuentros porfiados;
Y así, porque tuvieron riesgo poco,
No hago mención dellos ni los toco.

Hallaron potentísimos asientos,
Y con gran cantidad de naturales,
Dellos distribuyó repartimientos
Por todos los soldados principales;
Descubriéronse ricos nacimientos
De oro y abundancia de metales,
Y luego por los puertos destos mares
Fundó ciudades, villas y lugares.

La primera de quien memoria hago
Por ser también primera del concierto,
Es la ciudad que dicen Santiago,
Puerto de todas partes encubierto;
Pero con grande loa yo no pago
Las muchas que se deben á tal puerto;
Pues hasta la ciudad conmemorada,
Es casi de dos leguas el entrada.

A los principios es un angostura,
Buena de defender por cada lado;
Pero dentro contiene gran anchura,
Mar fondo, limpio, bello, sosegado,
Donde surge la nave tan segura,
Que el marinero duerme sin cuidado;
Tiene islas, verdoros, praderías,
Insignes y admirables pesquerías.

Aquí pusieron silla los mayores,
Iglesia catedral, honesto clero,
De sus obispos santos y pastores
Fray Bernardo de Mesa fué primero;
Muchos otros después y no peores,
Pues fray Miguel Ramirez fué tercero,
Dominicos muy dotos todos estos,
Y en sus costumbres todas bien compuestos.

También hizo fundar al otro lado,
A la parte del norte la Habana,
Que es puerto principal, y frecuentado
De pasajera gente castellana,
De los contratos es aprovechado,
Grandísimo caudal el que se gana;
También poblaron otros pueblos buenos
Que vinieron después a mucho menos.

Y en aquella sazón eran cabales
En oro, campos, hatos multiplicos,
Engrosándose mucho los caudales,
Siendo haciendas de grandes y de chicos;
Y así, Diego Velazquez y otros tales
Se hicieron en gran manera ricos;
El cual hizo la guerra sin desmanes,
Y tuvo valerosos capitanes.

Mayormente Cortés, que bien mirado
Su discurso, que callo de presente,
Puede con gran razon ser comparado
A quien tuvo valor mas eminente;
Pero terna particular tratado,
Si Dios me diere vida suficiente,
Cuando cante sus bríos y su maña
En lo que se dirá de Nueva-España.

En cuyo principal descubrimiento
Otros también de Cuba sus vecinos
No carecen de gran merecimiento,
Antes de grandes gracias fueron dinos;
Pues que para riqueza tan sin cuento
Abrieron claras sendas y caminos,
Con Francisco Fernandez, que tenía
De Córdoba segunda nombradía.

Aqueste descubrió primeramente
Tierra de Yucatan y su partido,
Donde tuvo reencuentros con su gente,
De los cuales salió muy mal herido,
Y de los suyos muertos mas de veinte;
Holgóse grandemente como vido
Gente vestida, grande policía,
Y edificios de buena cantería.

Huyendo se embarcó la gente nuestra,
La mayor parte dellos malparados;
Mas aunque la fortuna fué siniestra
En matalles allí veinte soldados,
Parece que en hallar tan rica muestra
Los vivos se hicieron consolados;
Tuvieron este duro repiquete
En el año que fué de diez y siete.

Luz dieron á los de la Fernandina
La gente que del caso vino salva,
Y fueles como lumbré matutina,
O claro resplandor de la del alba;
Y así Diego Velazquez determina
De enviar al varón Joan de Grijalva,
Por tomar, antes que otro los escluya,
Posesion por el rey de parte suya.

Con grande diligencia proveído
Lo necesario para sus avios,
Partió con el designo referido
Con soldados y copia de navios;
Costeando la tierra donde vido
Indicios de potentes señoríos,
Tomó la posesion en esta tierra,
No sin impedimentos de la guerra.

Pues los indios, temiendo novedades,
No dejaron de dar ciertos rebatos;
Pero después hicieron amistades
Y tuvieron sus tratos y contratos,
Que fueron á las dos parcialidades
Provechosos los unos y otros gratos;
Pues lo que por los indios se contrata
Eran ricas preseas de oro y plata.

Este rico contrato celebrado,
Grijalva por la causa manifiesta,
Hizo venir á Pedro de Alvarado
Con muestra tan insigne como esta;
Mas vino después él, sin que recado
Esperase de Cuba ni respuesta;
Velazquez recibió grandes enojos,
Y nunca quiso vello de sus ojos.

Porque el gobernador, considerando
Ser muestras de grandísimos provechos,
Andaba con gran prisa concertando
Envialle socorros y pertrechos;
Otros después anduvo combinando
Para que se encargasen destos hechos,
Y por les acortar el interese
Ninguno dellos hubo que quisiese.

Mas Fernando Cortés, varón esperto
En mañas, en esfuerzo y en aviso,
No rehusó hacer cualquier concierto,
Y concedelle todo cuanto quiso;
Mas antes que partiese deste puerto
Estaba ya Velazquez arripeso,
Pareciendo negocio peligroso
Confiarle de hombre tan brioso.

Procuró de hacer esta jornada
Poniendo ciertas causas por escudo;
Pero halló la puerta tan cerrada,
Que trabajó de entrar y nunca pudo,
Porque de gente muy calificada
Estaba ya Cortés nada desnudo;
Al fin disimuló desta manera
Lo que disimular jamás quisiera.

Quedó Diego Velazquez con tristura
Por no poder salir con el intento,
Fuése Cortés en buena coyuntura
Llevando todo buen aviamiento,
Llamándolo su próspera ventura
Para dar al deseo cumplimiento,
Donde se señaló con tales cosas
Que se pueden contar por milagrosas.

De su sospecha los efectos luego
Diego Velazquez vio por experiencia,
Pues Cortés alentado del entrego,
Y con recurso de mayor potencia,
Quiso hacer cabeza de su juego
Y á solo Dios y al rey dar obediencia;
Y así con sus victorias y fortuna
No hizo caudal dél en cosa alguna.

Por verse fuera de tan gran pujanza
Tuvo Velazquez grave sentimiento;
Por lo cual procuró luego venganza
De tan perjudicial atreymiento;
Y con victoriosa confianza
De mucha gente hizo llamamiento,
Poco menos llegó de mil soldados
Y once navios gruesos artillados.

Teniendo ya recaudo conviniente
De cosas necesarias á la guerra,
Nombró por general y por tiniente,
Porque facilitaba la carrera,
A Pánfilo Narvaez el valiente,
Pero contra Cortés que mas lo era,
Y luego supo la real audiencia
Aquesta disension y competencia.

Lucas Vazquez de Aillon, que entonces era
El uno de los dos ó tres oidores,
Vino para hacer que no saliera,
Y mitigar las sañas y furores;
O por alguna via, si pudiera,
Componer estos dos competidores:
Respondióle Velazquez de mal arte,
Y al fin fué para ello poca parte.

Porque decía ya ser señalado,
Demás de los gobiernos de aquel puerto,
Por título real adelantado
De lo por parte suya descubierto,
Y ser negocio ya muy escusado
Tratarse de medios ni concierto;
Pues era destos medios el mas tierno
Dejalle libremente su gobierno.

Aillon, viendo la cosa mal parada
Y en el gobernador tan duro tedio,
Determinó de ir en el armada
Para perseverar en el remedio,
Creyendo que después de ser llegada
Si pudiera trazar algun buen medio
Con el Narvaez, que iba con el mando;
Mas tampoco lo pudo hallar blando.

Llegó pues con soberbia lozanía
Narvaez á los puertos deseados,
En cuya costa ya Cortés tenía
En nombre de su rey pueblos fundados;
Y por la tierra adentro no dormía
Conquistando potentes principados,
Do con su copia breve de cristianos
Hacia siempre hechos soberanos.

Prosiguiendo Narvaez sus intentos,
Revolvía cien mil alteraciones,
Aillon, porque cesasen movimientos
Haciale también protestaciones;
Narvaez con sus malos miramientos
Mandó que lo pusiesen en prisiones,
Y pregonó con ásperos rigores
A Cortés y á los suyos por traidores.

La gente de Cortés que esto notaba,
No poco del negocio descontenta,
A Méjico do entonces él estaba
Enviaron quien diese larga cuenta
De cuanto con Narvaez les pasaba,
Y cómo por palabras los afrenta:
Para Cortés la nueva no fué buena,
Y á su gente causó crecida pena.

Temía rebelarse los vecinos
De Méjico, faltando su presencia,
Y estorbarse sus célebres desinos
En tierra de tan gran magnificencia,
Abrirse grandes puertos y caminos
Para guerra civil y competencia;
Y así por evitar sangrienta mano
Tentó medios de paz como cristiano.

Fueron por mensajeros proveidos
Personas valerosas que no cuento;
Escribióle por términos debidos,
Haciendo generoso cumplimiento,
Y con honorosísimos partidos
Huyendo de venir en rompimiento;
Pero Narvaez con la gran pujanza
Remitió los partidos á la lanza.

En esta voluntad sola se cierra
Ser de su parecer mejor camino,
Que Fernando Cortés deje la tierra
Volviendo mal su grado por do vino;
Mas al Cortés, varon de paz y guerra,
Pareciale torpe desatino,
Y á quien por bien no pudo hacer llano
Quiso también por mal probar la mano.

Doscientos y cincuenta hizo prestos
De gente mas valiente que lucida,
Todos determinados y dispuestos
O de vencer ó de quedar sin vida:
Con esta gente fué contra los puertos
Do estaba la contraria recogida,
La cual aviso tuvo que se guarde,
Y luego le mandó hacer alarde.

Hallaron ciento y veinte ballesteros,
Ochenta de caballo vigilante,
Otros ochenta mas arcabuceros,
Seiscientos nada menos los infantes,
Trece tiros de bronce, tres pedreros,
Municiones muy buenas y bastantes;
Cortés, aunque con ánimo mas alto,
De todas estas cosas vino falto.

Y como relacion larga tenía
De tanta pieza, tanto pasamuro,
No se quiso fiar del claro dia
Por ser noturno manto mas seguro;
Así metió su fuerte compañía
En el contrario campo con escuro,
Aunque la mayor parte prevenido
Por una centinela que los vido.

No va halcon con tanta lijereza
Al ave de que tiene su sustento,
Cuanta fué por entonces la presteza
Del inclito Cortés y los que cuento,
Rompiendo con insigne fortaleza
Cualquier perjudicial impedimento;
Y así sin aflojar en la porfía
Ganaron la cruel artillería.

Mas antes con un tiro falconete
Le mataron á dos buenos soldados;
Los de Cortés mataron diez y siete
De los contrarios mas aventajados;
Luego cada cual dellos arremete
A ciertos edificios torreos,
Do Panfilo sin muestra de cobarde
Las armas se vestía, pero tarde.

Porque los de Cortés yendo calando
Las picas deseosos del despojo,
Toparon con Narvaez, y en entrando
Con una le quebraron el un ojo:
Al cual luego sacaron arrastrando
Con razones anejas al enojo,
Y de los daños todos hecho cargo
En prisiones estuvo tiempo largo.

Este negocio grave concluido
Para Fernán Cortés colmo de gloria,
Desampararon todos al caído,
Siguiéron á quien hubo la victoria:
Fué de todas sus faltas socorrido
Contra indios de fuerza tan notoria,
Que comieron grumetes y aun araez
A no venir entonces el Narvaez.

Lo que pensaba pues el varon fuerte
Que en aquella sazón y coyuntura
Le perturbaba venturosa suerte,
Eso le dió mas próspera ventura:
Narvaez lo sintió mas que la muerte,
Velazquez gustó tragos de amargura,
El cual, vistas las faltas del tiniente,
Determinó de ir personalmente.

Juntó navios bien aderezados
De todos los pertrechos que convino,
Y en ellos grande copia de soldados;
Pero por parecelle desatino,
A vista de los puertos deseados,
Tuvo por bien volverse del camino,
Juzgando por mejor en este hecho
Que el emperador viese su derecho.

Aderezando pues esta partida,
Para decir en la real presencia
Del agravio y afrenta recibida,
Vejez, pasión, enojos y dolencia
Le cortaron el hilo de la vida,
Y así cesó la dura competencia;
Que la muerte convierte muchas cosas
En fáciles de muy dificultosas.

Fué persona de cuerpo bien dispuesto
Robusto de sus miembros y velloso,
Algo moreno, pero de buen gesto,
Suelto, valiente, fuerte y animoso:
Gastó sus bienes, mas con todo esto
Fué menos liberal que cudicioso;
Tuvo gran copia de oro, plata, cobre,
Y al fin de su jornada murió pobre.

A esta isla vino por tiniente
Nombrado, como dije; por don Diego,
Pero como se viese ya potente,
Hizo también cabeza de su juego:
Al rey reconoció tan sólamente,
El cual como señor cumplió su ruego,
Haciéndolo juez y adelantado
De aquello que él habia conquistado.

Los vecinos que habia de presente
Hicieron en su muerte sentimiento,
Por ser á todos ya como pariente,
Y no recibir dél mal tratamiento:
Enterráronlo muy honradamente,
Con pompa de prolijo cumplimiento;
De los que en la tumba fueron puestos
Me dieron unos versos, que son estos.

*Qui nunc angusto componit membra sepulchro,
Prospera sors vivo munera magna dedit.
Sed quando fuerat capturus maxima dona
Quas fecit, fortes eripere manus.*

Aquí está en lugar estrecho
Quien tuvo larga ventura,
Y en tiempo de mas provecho
Por mano de su hechura
Fué deshecho.

ELEGIA VIII.

A la muerte del adelantado don FRANCISCO DE GARAY,
donde se escribe la isla Jamaica.

CANTO PRIMERO.

Llegue mi flaca musa donde puede,
En tantas y tan varias relaciones;
Y por aqueste orden que precede,
Tratando de tan inclitos varones,
No haga de manera que se quede
Francisco de Garay entre renglones;
Pues, aunque de fortuna mal pagado,
No debe de ser menos estimado.

Aqueste fué de la segunda gente,
Cuando Colon mas mundo certifica;
Vino muchacho, mas tan diligente
Que se hizo después persona rica;
Y para tratar dél enteramente
Habremos de volver á Jamaica,
Isla por estas partes muy notoria
Y digna de poner en la memoria.

Sus aleñaños son los mas llegados
Haytíes y la isla Fernandina,
En diez y siete y diez y ocho grados
De la equinocial se determina;
Rodeada por puntos y por lados,
Ciento y cincuenta leguas se camina,
Pues son setenta y cinco la longura,
Y diez y ocho largas el anchura.

Es esta isla poco montuosa,
Pero sus montes bien aprovechados,
Es fértil, abundante, fructuosa,
También por los lugares escombrados;
En algodones admirable cosa,
Tiene gentiles hatos de ganados,
De todas diferencias de natios,
Y abundancia de lagos y de rios.

Fué descubierta del Colon primero
Al tiempo que volvió por almirante;
Conquistóla después el heredero,
Por un Joan de Esquivel, hombre bastante,
Cristiano y excelente caballero,
A Dios poniendo siempre por delante;
Pues sin querer ensangrentar las manos,
A todos estos indios hizo llanos.

Mil y quinientos años fué la era,
Con otros diez y nueve ya corridos,
Cuando con Esquivel en la ribera
Saltaron cien soldados escogidos;
Y aunque los resistió gente guerrera,
Con gran facilidad fueron vencidos;
Gobernólos tres años muy contentos,
Y hizoles muy buenos tratamientos.

Murió, que no vivió tiempo mas largo,
Gobernando la tierra sin pelea;
Sucedíole después en este cargo
El capitán Francisco de Perea;
A este sucedió Joan de Camargo,
Y á él este Garay que se desea,
A quien fortuna dió grandes favores,
Que perdió por buscar otros mayores.

Pues visto que Cortés descubrió senos
De tan engrandecidas poblaciones,
Juzgó de su persona no ser menos
Para tener tan altas pretensiones:
Procuró con favor de muchos buenos
Pedir nuevas conquistas de regiones,
Las cuales se le dieron de buen grado
Con título y honor de adelantado.

Porque desde esta isla referida,
En carabelas fuertes y ligeras,
Había ya corrido la Florida
Y á Panuco con todas sus riberas;
Donde muchos dejó faltos de vida,
Comidos destas gentes carniceras;
Volvió para la isla con intento
De procurar el adelantamiento.

La santísima era de quinientos,
Con mil y veinte y tres casi corrida,
Para perfeccionar sus pensamientos
Efectuó con Garay esta partida:
Once naos, soldados ochocientos,
Algunos mas de gente muy lucida,
Muchos caballos, gran artillería,
Matalotaje cuanto convenia.

Antes de se partir de donde cuento
Nombró justicias y otros oficiales
Futuros, do ballasen buen asiento
Con posibilidad de naturales;
El ejército hizo juramento
Selle todos fieles y leales,
Dió las velas al viento con aquesto
Y á la isla de Cuba llegó presto;

Adonde luego fué certificado
Por larga relacion de muchas gentes,
Estar el dicho Panuco poblado
Por Fernando Cortés y sus tinientes;
Juzgóle por negocio tan pesado
Que podría parir inconvenientes,
Y por evitar odios descubiertos
Quisiera con Cortés hacer conciertos.

Para lo cual aqueste caballero
Viendo cómo la paz á nadie daña,
A Zuazo nombró por medianero,
Como varon de letras y de maña,
Rogándole que fuese por tercero
A verse con Cortés á Nueva-España,
El cual, por amistad de quien le manda,
Aceptó de buen grado la demanda.

Partió Zuazo antes que la flota
A verse con Cortés y dalle cuenta,
Siguió después un día su derrota
Garay adonde ya se representa;
Y de las islas algo ya remota,
Encendióse bravísima tormenta,
Para Zuazo tan tempestuosa
Que se puede contar por milagrosa.

Porque su desdichada carabela,
De las inmensas ondas embestida,
Sin quedalle recurso ya de vela
Muchas veces la vieron sumergida;
Esperanza ninguna los consuela
Que prometa remedio de la vida;
Todos eran sollozos y gemidos
De placeres humanos despedidos.

En Dios el esperanza se ponía
Do van los corazones y las bocas,
Noturna confusión los afligía,
Rodean las visiones y no pocas;
Llevólos aquel viento que corría
En medio de la mar á ciertas rocas,
Do la nave se hizo mil pedazos,
Y pocos se valieron de sus brazos.

Perecieron varones, mueren dueñas,
Con embates de mar repercusivos,
Pudieron ver colgados de las peñas
Cuarenta y siete que quedaron vivos.
¡Oh mar, cuántos trabajos les enseñas,
Dolores y tormentos excesivos!
Llaman a la potencia soberana
Hasta tanto que vino la mañana.

Mas no les trajo tumbre de consuelo,
Ni luz para que fuesen remediados,
Porque ¿qué les prestaba ver el cielo
Sin tierra, y en peñascos anegados?
No ven por todas partes otro suelo,
Mas vense de mil males rodeados,
Pena, dolor, pasión y muerte dura
Es la cosa que mas los asegura.

¡Cuán triste, cuán cuitada y affigida
Se hallaba la miserable gente,
De muy grandes olajes embestida
Desde los bajos pies hasta la frente,
Sin agua que bebiesen ni comida,
Faltos de todas cosas totalmente!
Lloros, suspiros, lágrimas sin cuentos
Eran los principales alimentos.

Faltábales á todos advertencia
En esta confusión tan lastimera;
Mas un Joan Sanchez, hombre de experiencia,
En naufragios y vida marinera,
Puso grande calor y diligencia
En recoger pedazos de madera,
Cables y tablazon que iba perdida,
Y jarcia cuanta pudo ser habida.

Con esta prevencion, que no fué poca,
Las cosas que pudieron ser habidas
Hicieron amarrar á cierta roca
En haces y montones recogidas;
Después vinieron á pedir de boca
Para bien destas gentes affigidas,
A quien terrible fuerza de temores
Agora hace dar grandes clamores.

La continuacion del triste llanto
Quebrantara dureza del acero;
Y estando con aquel mortal espanto,
Que no puedo pintallo como quiero,
Añejaron las olas algun tanto,
Y vieron donde estaban un madero,
Debajo del arena soterrado,
Donde por las corrientes fué llevado.

El Zuazo, varon digno de loa,
Con algunos hidalgos y matronas,
Descubriéronlo bien de popa á proa,
Limpiando los remates ó coronas;
Y vieron claramente ser canoa
Donde podian ir cinco personas:
Hincando las rodillas en el suelo,
Dan gracias al Señor del alto cielo.

Pues para conocer adónde iria
El Zuazo con tres varones fuertes,
Para remedio desta compañía,
Procurando librallos de las muertes,
Con oracion que siempre se hacia
Cuatro veces echaron cuatro suertes,
Y en aquellas cayó continamente
Que fuesen á la parte del oriente.

Tomaron el brevisimo navio,
Que ya la mar estaba de bonanza,
Hicieron de los otros su desvio,
Dándoles de volver gran esperanza;
Y fueron prosiguiendo su bajo
Dos grandisimas leguas de tardanza,
E ya, cuando la noche se cerraba,
Vieron un arenal que blanqueaba.

Que cierto cualquier dellos se temia
De tener en la mar la noche oscura;
Saltaron pues allí con alegría
Pareciendo morada mas segura;
De veinte pasos fué la travestia,
Y de ciento y cincuenta la longura,
Hincaron en la tierra las rodillas,
Dando gracias por tales maravillas.

Dadas gracias á Dios omnipotente,
Esperaron allí la luz del día,
Para traer también la demas gente,
Entre tanto que Dios mas proveia:
La cual la misma via del oriente
Por estos arrecifes se venia,
Por las reventaciones caminando,
Algun descanso breve deseando.

Holgáronse de vellos mas cercanos
Por mejor socorrerse todos juntos,
Guiaron la canoa diestras manos
Para traer los miseros disjuntos;
Y dellos los mas fuertes y mas sanos
Tenian el color como difuntos;
Mucho mas remontaban los placeres,
Lástimas que decian las mujeres.

« ¡Oh pasos de piedad enajenados,
Roca cruel y piedra mas que dura!
¡Oh pies en algun tiempo bien calzados,
Dedos de manos hechos á blandura!
¡Cuán heridos y cuán atajados
Os tiene tan acerba desventura!
¡Cómo merecen bien estos afeites
Los pasados regalos y deleites!

« ¡Qué son de los amparos del estío?
Agora destos golpes abrasada
¡Adónde está la ropa para frío
De las preciosas martas aforrada,
El empalagamiento y el hastio
Que daba la comida delicada,
Dulzores olorosos que tenia
Para poder beber el agua fria?

« ¡Qué es de la fuente, qué es del vaso fresco,
Vasijas de labores muy estrañas?
Salado licor es el que merezco,
Por mis delicadezas y mis mañas;
Desdichada de mi que ya perezco
Rabiosa sed abraza mis entrañas,
Y de tan grande mal la mejor cura
Es que la mar será mi sepultura. »

Esto decian ya sobre el arena,
Do la gente tenian recogida,
Por no ver un alivio de su pena,
Ni poder conservar humana vida;
En parte que constaba ser ajena
De candela, de agua, de comida;
Mas el Zuazo, hombre de templanza,
Siempre tuvo de Dios gran confianza.

Decia cristianisimas razones
Para consuelo desta desventura,
Hacia fundadissimos sermones
Alegando lugares de escritura;
Mandó perseverar en oraciones
Con un fervor ardiente de fe pura;
Clamores grandes van al alto cielo;
¡Padre de piedad, dadnos consuelo!

Diciendo pues palabras lacrimosas,
Demandando salud para su pena,
Vieron cinco tortugas poderosas
Venir á desovar en el arena,
Que no les fueron poco provechosas
Y pudieran ser mas para la cena,
Si acaso la ventura diera luego
Los materiales para hacer fuego.

Porque por experiencia conocida,
La carne destos diechos animales
Es una salútera comida
De do hacen guisados principales;
Y si la sangre dellas es bebida,
Es provechosa para muchos males;
En el anchor y término de larga
Cada cual dellas es como una adarga.

Pues el Zuazo con sus gentes vagas,
A quien intolerable sed quebranta,
Las ofrecieron á las cinco llagas
De do manó la sangre sacrosanta,
Lavamiento de culpas y de plagas
En el árbol de cruz y dulce planta;
Y antes que se volvisen do salieron
Las barrigas arriba se volvieron.

Pues porque al remedio de fortuna
No cumplia que fuese mas fiambre,
Mandó Zuazo desconchar la una,
Y en la tal concha recoger la sangre,
Para templar la sed muy importuna,
E mitigar en algo tanta hambre;
Y aqueste virtuoso caballero
Hizo la salva y él bebió primero.

Y después dél, según la muchedumbre,
Beben el delicado y el robusto,
Aquello que no tienen de costumbre
Ni fuera deste tiempo fuera justo;
El néctar fué menor en dulcedumbre,
Ambrosia no les diera tan buen gusto:
Quedábanles los labios no distintos,
De los que siempre prueban vinos tintos.

Estos ensayos hechos otro día,
Estendiendo los ojos adelante,
Otra pequeña isla parecia,
Como dos leguas desta discrepante:
Allá fueron de aquesta compañía
Tres hombres, cada cual bien navegante,
Anduvieronla toda, y esta era
Cinco veces mayor que la primera.

Ninguna cosa verde producía,
Ni sombra, ni señal de dulces fuentes,
Mas admiráronse como tenia
Innumerables aves diferentes;
Y tantas que el arena se cubria
De las nidadas viejas y recientes,
Lobos marinos, pajarillos nuevos,
Muchas tortugas, infinitos huevos.

Volviéronse con este buen recado;
Y como mejoría desearon,
Aqueste valeroso licenciado
Ha llamado que todos se pasasen
Para buscar lugar acomodado
Do sus necesidades amparasen;
Y así como cristiano caballero,
Él quiso ser de todos el postrero.

Como las aves no hacian leguas
De las estrañas gentes y modernas,
Mataban y comian las pechugas,
Y no se desdenaban de las piernas;
También la dicha sangre de tortugas
Servia como vino de tabernas,
La clara de la yema dividida
Ansimismo servia de bebida.

Suelen en estas islas ser continos,
Y casi que por todos sus lugares,
Gran cantidad de vitulos marinos
Que llaman lobos por aquestos mares;
Los cuales á los pobres peregrinos
Ansimismo servian de manjares:
Son muy grandes y torpes en la tierra,
Y así se matan sin ninguna guerra.

Un muchacho que en esta triste vida
Estaba con la sed casi rabiando,
Loba marina vió recién parida,
Y dos hijos estar amamantando;
El cual con intencion desta bebida,
Con gran silencio se le fué llegando,
Quitó los hijos como quien no toca,
Y tomóle las tetas con la boca.

Ella que sintió cosa diferente,
No pudiendo sufrir otra mejilla,
Revolvió con protervo continente
Derribando la media pantorrilla;
Curólo como pudo nuestra gente
Movida de dolor y de manecilla,
Considerando cuán sutil maestra
Es la necesidad, y cuánto muestra.

Estaban pues en este mejor puesto,
De calientes comidas tan ayunos,
Que no fué parte la que tienen desto
Para que dejen de morir algunos:
Del estraño manjar y mal digesto,
Con los calores graves importunos,
Y el pensar que de lance tan terrible
Escapar no les era ya posible.

Habia pues en esta compañía
Un ánima cabal en su cordura,
La cual como los otros padecia
Aquella miserable desventura:
Inesica la niña se decia,
E ya cercana de la sepultura,
Al buen Zuazo y á los circunstantes
Les habló con palabras semejantes.

« Una señora, ya mujer anciana,
Su rostro como sol resplandeciente,
El nombre de la cual dijo ser Ana,
Abuela del Señor omnipotente,
Me mandó que dijese que mañana
Fuédeses por allí mas al poniente,
A la isla que veis estar frontera
Y allí hallareis agua pasadera. »

Aquesta relacion y este recado,
Que de vanas fantasmas es remoto,
Mandóselo decir al licenciado
Porque sabia ser su muy devoto:
Esto dicho, salió deste cuidado,
Y del tropel humano y alboroto,
Y aunque la muerte della les dio pena,
Gran contento causó la nueva buena.

Otros nueve murieron entre tanto,
De la rabiosa sed y hambre dura;
El Zuazo, varon de pecho santo,
Usaba los oficios como cura;
Y ante los desmayados del espanto
Les abria también la sepultura,
Santisimas palabras predicando,
Y á todos acudiendo y animando.

Acabada la obra toda pia,
La triste noche hizo su venida,
Que se gastó rezando, y otro día
Pusieron en efeto la partida
A la isla que cerca parecia
Para buscar el agua prometida,
Y encaminados todos al viaje,
Zuazo fué postrero del pasaje.

Llegados los primeros que pasaban,
Vieron la isla ser alguna cosa
Mayor que la segunda que dejaban,
Y ansimismo tener yerba viciosa;
Las cuales apariencias alegraban
La gente de salud menesterosa,
Pues por espacio de doceno día
Esta necesidad se padecia.

Ansí con estas penas y pesares,
Cuyos extremos eran ya funestos,
Cavaban en mil partes y lugares
Que parecian aptos y dispuestos;
Pero no refrescaron los ijares
Tan inútiles pozos como estos,
Pues, aunque daban agua muy aína,
Fué de mas amargor que la marina.

Faltando pues del agua dulcedumbre,
Agrávese la pena y el cuidado,
Y estando con aquesta pesadumbre;
Llegó con los demás el licenciado;
Y como lo tenían de costumbre,
Vióse de todos ellos rodeado,
Maldiciendo con lloros su fortuna
Por no hallar consolacion alguna.

Zuazo con ejemplos les enseñó
A confiar en Dios del alto cielo,
Y nunca desmayar varon ni dueña
En este riguroso desconsuelo;
Pues quien hizo manar agua de peña
Podia también dalla deste suelo,
Y que en necesidad tan escensiva
Cada cual se vistiese de fe viva.

Y pues que le faltaba la presencia
De don sacerdotal y bien tamaño,
Cada cual compusiese su conciencia,
Demandando perdon de cualquier daño:
Queriendo recibir por penitencia,
De ser castos, siquiera por un año,
Y antes que otras se hiciesen
En oracion devota se pusiesen.

Las gentes de consuelo van ajenas
A cumplir destas cosas cada cosa :
Hicieron otras mil promesas buenas,
Cada cual á las almas provechosas ;
Y castidad perpetua Joan de Arenas,
Pedro Simancas, Sancho de Espinosa,
La cual en religion después cumplieron
El espacio de tiempo que vivieron.

Hecha la prevencion que voy diciendo,
Hicieron procesion con litania,
Zuazo con la cruz que va siguiendo
Esta desconsolada compania :
El cantando, los otros respondiendo,
Segun uso de nuestra madre pia ;
Pero la dulcedumbre destes cantos
Era toda de lacrimosos llantos.

Con esta procesion, via derecha,
Dos veces fué la isla travesada,
En tal manera que quedó cruz hecha,
Del huello de la gente señalada ;
Considerando pues cuánto aprovecha
La cabal oracion y porfiada,
Hincóse de rodillas el Zuazo
En la junta del uno y otro brazo.

Las manos y los ojos van al cielo,
Diciendo con suspiros y gemidos :
« Padre de piedad y de consuelo !
Consolad estos tristes afligidos ;
Lleve la devocion tan alto vuelo,
Que toque su clamor vuestros oidos,
Y dé socorro la potente diestra
A los que son, mi Dios, hechura vuestra.

« Vos, que hartais los brutos animales
En los desiertos secos donde moran,
Visitais con humor los vegetales,
Y así de flor y fruto se decoran :
Proveed también estos racionales,
Pues os creen, conocen y os adoran,
¡ Oh fuente perenal, confortativa,
Santo Dios vivo, dadnos agua viva !

« Vos, que le distes aguas con aumento
Al vencedor del campo filisteo,
Sacadas de las muelas del jumento,
Y endulzastes también las de Eliseo ;
Vos, que de piedras distes al sediento
Agua que satisfizo su deseo,
Y en los antiguos pozos de discordia,
Usad aquí también misericordia.

« ¡ Oh cruz preciosa y abundante fuente
Contra la sed rabiosa del pecado,
Adonde vos, mi Dios omnipotente,
Fuistes con duros clavos enclavado,
Y salió sangre y agua juntamente
De vuestro preciosísimo costado !
Dad agua desta cruz, pues nos dáis sangre,
Con que satisfacemos tanta hambre. »

Luego se levantó con esperanza
Firmísima del agua prometida,
Y dijo con entera confianza :
« Cavemos, por ser parte bien medida,
En medio desta cruz y semejanza
De aquella donde Dios nos da la vida,
Y no creais que fué promesa vana
Esta que nos fué hecha por santa Ana. »

Cavaron luego muchos con fe pura,
Y pensando pasar mas adelante,
No mas de codo y medio de fondura
Sacaron agua dulce y abundante.
Dió tan grande contento la dulzura,
Que el mas muerto cobró nuevo semblante ;
Gustan aprieta todos del consuelo,
Alzan los ojos, dan gracias al cielo.

Zuazo, dadas gracias con sosiego,
Dijo : « bendito Dios, agua tenemos,
La vida nos daría tener fuego,
Y aqueste será bien que procuremos. »
Preguntado de dónde, dijo luego :
« De muchos palos secos que aquí vemos,
Que la mar de lugares diferentes
Ha traído con fuerza de corrientes. »

Todos en cumplimiento deste mando,
Como cosa que tanto les cumplia,
Buscaron luego mucho palo blando,
Bien seco que la mar no lo batia ;
Y con entrambas manos refregando
Unos después de otros a porfia,
En tanto grado que su fuerza pudo
Encender el polvico muy menudo.

« Quién os podrá contar el alegría
Que sintieron de vello humeando
Los de la trabajada compania
Y los que no penaron trabajando ?
Muy menudica paja se ponía
Con grandísimo tiento van soplando,
Hasta tanto que ya salieron llamas
Que pudieran echar con gruesas ramas. »

Aquí, y allí, y allá vereis candelas,
Deshechas de las frentes ya las rugas,
Asar rabihorcados y pardelas,
Comerse con mas gusto las pechugas ;
Servir de calderones y cazuelas
Aquellas conchas grandes de tortugas,
Matando la sequia desta fragua
Con grandes caracoles llenos de agua.

Algunos ansimismo desta gente
Estaban de comida no curando,
Tendidos por los lados de la fuente
Sus claros manaderos contemplando :
Bebiendo por matar la sed ardiente,
Y gran número dellos vomitando,
Porque el vacío cuerpo no podía
Retener aquel agua que bebía.

En esto del beber demasiado
Casi todos entraban en la danza,
Mas Zuazo, varon bien enseñado,
Usaba de grandísima templanza :
En comer y beber muy recatado
Huyendo siempre toda destemplanza,
Y así deste consorcio castellano
El se halló de todos el mas sano.

Y siempre vi que do se padecía
Rabiosísima sed y hambre brava,
Aquel que se crió con policia
Con menos pesadumbre la pasaba :
En la necesidad menos dormía,
En los mayores riesgos mas velaba,
En las tristezas mas alegre gesto,
Y á todos los trabajos mas dispuesto.

No porque no vi gente de barbechos,
Que podrias, lector, maravillarte
Leyendo las grandezas de sus hechos,
Su fuerza, su vigor, su duro marte ;
Mas en sufrir desmanes tan estrechos
Entiéndese que, por la mayor parte,
Quien tiene mas valor sufre mas males,
Y aprueban bien poquitos oficiales.

Misérias que yo vide no las pinto,
Porque cierto sería tratar desto
Entrar en un confuso laberinto
De donde no saliésemos tan presto :
Hagamos ya capitulo distinto,
Para poder mejor decir el resto
Desta gente que no hallaba cura
Para salir de tanta desventura.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay.

Males hay que á los hombres son ajeos,
Y para que les hagan resistencia
No poco les conviene tener lejos
Guiados con discreta providencia,
Por no quedar confusos ni perplejos
Al tiempo que llegare la dolencia
Porque mejor repara su partido
El pródigo que el mal aperecido.

Pues como ya tuviesen agua y fuego,
Y viesen el lugar mas á provecho,
A la memoria les ocurrió luego
Aquello que Joan Sanchez hubo hecho :
La cual fué diligencia no de ciego,
Mas antes de cabal y sabio pecho ;
Fueron pues en aquella canouela
Adonde se perdió la carabela.

Vieron la jarcia, tablas y madera
Adonde la dejaron amarrada ;
Hicieron una balsa cuanto era
Tan fuerte, tan bien puesta y ordenada,
Que pudo bien venir á la ribera
Do quedaba la gente fatigada ;
Fué crecidísimo contentamiento
Desque los trajo Dios á salvamento.

Visto cuánto trabajo los aprieta,
Y la tardanza mucha cuánto daña,
Llegados los recatos á la isleta,
La gente que se daba mejor maña
Determinó hacer una barqueta
Para tentar de ir á Nueva-España ;
Siquiera cuatro hombres que cupiesen,
Y de su perdicion noticia diesen.

La necesaria obra se tanea,
Trázase la pequeña proa y popa,
Cada cual á lo dicho se menea,
Ocioso ni baldío no se topa :
Unos de tablas viejas sacan brea,
Otros convierten cables en estopa,
Otros andan sacando clavos viejos,
Con los demás posibles aparejos.

Andando cada cual pues diligente,
E yendó cinco por mantenimiento
A la segunda isla, que es enfrente,
Levantóse borrasca de tal viento,
Que sorbió la canoa con la gente,
No sin grave dolor y sentimiento
De todos, así flacos como sanos,
Por faltar la que fué sus piés y manos.

Como ya no tenían mucha sobra
De las aves y largas pesquerías,
Dióles gran pesadumbre la zozobra
Con menoscabo destas companias ;
Y así tal priesa dieron á su obra
Que tuvo perficcion en pocos dias,
Y el pequenelo barco fué breado
Con vieja pez y aceite de pescado.

Con sus toletes, remos y aparejos
En el agua la barca fué metida ;
De aves, de tortugas y cangrejos
Con ella fué la gente proveida ;
Luego fueron comunes los consejos
Que pongan en efeto la partida
Gomez y Ballester y Joan de Arenas,
Para negocio tal personas buenas.

Y porque necesario les sería
Un indio que les fuese jamurando,
Procuraron hacer derecha via
Puerto de Villa-Rica demandando :
Habían de ir por esta travesta
Giento y cincuenta leguas navegando,
Confiado de Dios en la carrera,
Porque la barca poca parte fuera.

No rehusaron estos el pasaje
De tan inmensos riesgos y trabajos,
Y para los efetos del viaje
Hicieron en el barco sus atajos,
Donde pusieron el matalotaje
De huevos, de tortugas y tasajos,
Agua también en odres ó barquinos
Que hicieron de vitulos marinos.

De los demás hicieron despedida
Con un dolor que el alma les aprieta,
¡ Oh riesgos y trabajos de la vida
Y á cuantas desventuras es sujeta !
Entraron en la mar que los convida
Por estar por entonces muy quieta,
Los que quedan regaban sus mejillas
En oracion hincados de rodillas.

Becian : « el Señor os esclarezca,
Su divino favor sea la guia,
Él os ampare y él os favorezca
Con clara noche, con sereno dia,
Sin permitir que mas os acontezca
Fortuna que perturbe vuestra via ;
Quiéte furias del soberbio viento
Hasta que ya llegueis á salvamento. »

Varones y mujeres esto vieron
En la barca los ojos enclavados,
Hasta que ya de vista la perdieron
Y los remeros iban engolfados ;
Los cuales su viaje prosiguieron
De prósperas corrientes ayudados,
Vientos quietos, apacibles, buenos,
Y de sus locos impetus ajenos.

Perseverando pues en sus porfias,
Dándoles el Señor fuerza bastante,
Al cabo ya de diez ó doce dias
Vieron la tierra firme por delante.
« Quién os podrá decir las alegrías
Del flaco y animoso navegante ?
Bojaron con furor de nuevo brio
Hasta poner en ella su navio. »

Contemplan la frescura de los pinos,
El lustre y el verdor que ven enfrente,
Saltaron los cansados peregrinos
En parte que les era conveniente ;
Porque ballaron sacas y caminos
Y huella de caballos muy patente,
La cual con los ajeos de sus heces
Besaron todos ellos muchas veces.

Dadas gracias á Dios, que fué servido
De los llevar á luz y salvamento,
Fueron por el camino mas seguido
Para buscar algun mantenimiento ;
Diahustán, cacique, que los vido
Recebiólos con buen acogimiento,
Teniendo por extraña maravilla
Ver gente tan hambrienta y amarilla.

Porque una pava grande que les dieron
De muchas que tenían estas casas,
Sin sacalle las heces la pusieron
Y sin pelalla bien, sobre las brasas ;
Y después que con tripas la metieron
En otras que venían algo rásas,
Por señas demandaron al instante
Guia para pasar mas adelante.

Acerca desta misma circunstancia
Por señas el cacique significa,
Que tres ó cuatro leguas de distancia
Demoraba de allí la Villa-Rica ;
Gaminaron con presta vigilancia
Por donde la tal guia los aplica,
Deseando volver con buen recado
Al inclito Zuazo licenciado.

Junto del cual, cuando desembarcaron
Los tres con quien se hizo clara prueba,
Ginco rabihorcados se sentaron
Como por mensajeros de la nueva ;
Pues en vellos domésticos juzgaron
Ser anuncio del bien que se les lleva,
Y aunque no fueran malos al ayuno
No consintió hacelles mal alguno.

Después que ya llegaron con la guia
A Villa-Rica, cuyo señorío
Simon de Cuenca por Cortés regia,
Conocieron allí faltar avío ;
Y á Medellín el Nuevo los envía
A causa de tener presto navio
Un Gonzalo de Ocampo, de Trujillo,
Y del dicho Zuazo gran carillo.

Al cual por ser capaz y diligente,
En negocios jurídicos cursado,
Zuazo le nombró por su tiniente
En Cuba, do vivió tiempo pasado ;
Y así con la presteza conveniente
Luego le despachó todo recado,
Diestros pilotos de Moguer y Palos
Con posibles refrescos y regalos.

Navegaron la via del oriente
Hasta los Alacranes, parte nota,
Porque estos son de se perdió la gente,
Riesgo que navegantes alborota;
Volvieron los tres hombres juntamente
Ellos mismos guiando la derrota,
Mas tardó treinta dias la jornada
En llegar á la gente fatigada;

Por ser el tal navio detenido
De calmas y corrientes sin vapores;
Mas Dios omnipotente fué servido
De dejellos llegar pascua de Flores;
Porque con regocijo mas cumplido
Resucitasen estos pecadores,
A quien por ser ya tanta la tardanza
Daba grave dolor desconfianza.

Estaban todos pues en atalaya,
Los ojos á los mares estendidos,
Por aquel arenal y seca playa
En santos pensamientos convertidos,
Al Señor suplicando que les vava
Remedio de sus lloros y gemidos;
Estos eran sus ratos, sus empleos
Y el blanco do tiraban sus deseos.

Zuazo pues que siempre se desvela
En consolar aquesta compañía,
A grandes voces dijo: « vela, vela,
Socorro que el muy Alto nos envia »
Acuden, miran, ven no ser novela,
Sino grande verdad lo que decia,
Suena *Te Deum laudamus* el contento
Con lágrimas nacidas de contento.

Acercáronse mas los del navio,
Pero no sin peligro ni recuesta,
Por ir ya descubriendo del bajío
La roca que tenían contrapuesta;
Y así por parecer bien el desvío
Surgieron del un tiro de ballesta;
Mas como nadie vian por los puertos
Sospechaban que todos eran muertos.

Que, porque estaban de rodillas puestas
Dando gracias á Dios, nadie los vian,
Pero después que ya fueron enhiestos
Dióles voces la gente que venia;
Y todos luego se hicieron prestos
Para salir á dalles alegría
Sacando mesa, silla y alimentos
Para satisfacer á los hambrientos.

Sacaron abundancia de cecinas,
Gustosísimos gallos de papada,
Muy gentiles capones y gallinas,
Añojo vino y agua delicada;
Conservas de tan buena hambre dmas;
Frutas muchas de gente regalada,
Biscocho blanco ven en abundancia,
Con infinitas cosas de sustancia.

Salieron Ballester y Joan de Arenas
A dar las buenas pascuas á la gente,
Desconfiada de tenellas buenas
En riesgo y en peligro tan patente;
Abrazanlos con las entrañas llenas
De santa caridad y amor ardiente,
Sin acabar de dalles bendiciones
Las fatigadas dueñas y varones.

La salutación larga concluida,
Dieron á cada cual limpios vestidos,
La olla con gran priesa fué cocida,
Luego largos manteles estendidos;
Tuvieron abundante la comida,
Fueron de muchas cosas proveidos,
Quisieron beber agua de su fuente,
Y amarga la hallaron grandemente.

Tuvieron por milagro señalado
El no durar allí la dulcedumbre,
Mas de por aquel tiempo limitado
Que tuviesen aquella pesadumbre;
Dió las gracias á Dios el licenciado,
Segun que lo tenía de costumbre,
Y acabada la fiesta sin hastío,
A gran priesa se fueron al navio.

Huyen de los estériles conveses,
Donde con mas dolor que se nivela
Estuvieron al pié de cuatro meses;
Entraron pues en esta carabela,
Y con temor del mar y sus reveses
Al punto se hicieron á la vela
Veinte que de los riesgos escesivos
Permanecieron solamente vivos.

Navegaron aquestas compañías
Con viento que bonanza les aplica,
Tal, que pudieron ir en trece dias
Al puerto de la dicha Villa-Rica;
Recebiolos Cortés con cortesias
Cuantas de su valor fama publica;
Pues aunque allí faltaba su presencia
No faltaba su gran magnificencia.

Porque mandó que todos ellos fuesen
A costa de sus bienes reparados,
Y al dicho licenciado se le diesen
En cantidad de doce mil ducados,
Y generosamente proveyesen
Su casa, su familia, sus criados;
Escribióle también carta misiva
Que su buen amistad estaba viva.

Desque se reformó la compañía,
Partióse para ver á su querido,
Al gran Méjico donde residia,
Y donde del Cortés fué recibido
Con crecido contento y alegría,
Que grande la mostró cuando lo vido;
Y con ostentacion de frente rasa
Por hospicio le dió su propia casa.

Mas porque por entonces le convido
Al Fernando Cortés estar ausente,
E ir trabajosísimo camino
Contra su capitán, mal obediente,
Al Zuazo, varon del cargo dino,
Dejó nombrado por lugartimiento,
El cual administraba su tinencia
Con retitud, valor y gran prudencia.

Pero Cortés apenas se destierra
De los confines destas ciudades,
Cuando con turbacion de civil guerra
Hubo sobre mandar parcialidades;
Echaron al Zuazo de la tierra
Los inventores destas novedades,
Y por buir alguna chirinola
Tuvo por bien volver á la Española;

Donde fué su persona recibida
Con aplauso no mal regocijado,
Y vivió lo restante de su vida
Rico, favorecido y acatado.
Mas porque de Garay no me despida
Quiero volver al fin de su cuidado,
Antes que del Zuazo se supiese,
Ni con Cortés en Méjico se viese.

CANTO TERCERO.

Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al río de Palmas,
de lo que allí le sucedió, y de su muerte.

No creo yo que vive sin querella
Aquel que mas alcanza de riqueza,
Pues tanto mas creció la hambre della
Cuanto mayor se hizo su grandeza;
Y á veces buscar mas hace tal mella
Que convierte los gozos en tristeza;
Destas cosas y otras que contemplo
En el Garay tenemos buen ejemplo.

Pues teniendo la vida ya segura,
Prósperos tratos y caudales llenos,
Su casa con grandísima hartura,
Hereditamientos muchos y muy buenos,
Pensando de hallar mayor ventura
De la que tuvo, fué venir á menos;
El caso sucedió desta manera
Desque salió de Cuba y su ribera.

Corrieron con aquellos temporales
Con angustias mortales de sus almas,
Mostrábase la mar con furias tales
Que deseaban ya molestas calmas;
Y así con las zozobras destos males
Decayeron al río de las Palmas,
Donde sacó soldados cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos bastimentos.

Envió por allí acia la sierra
A Gonzalo de Ocampo su pariente,
Con hombres instruidos en la guerra
A fin de descubrir alguna gente;
Mas no les pareciendo bien la tierra,
Volvieron á la mar incontente,
Y sin saber Ocampo cosa cierta
Afirmando la tierra ser desierta.

Determinó hacer della desvío,
Y que Grijalva con los marineros
A Panuco llevase los navios;
El por tierra con muchos compañeros,
Atravesando peligrosos rios,
Ciénegas infinitas, mil esteros,
Muy fatigados todos y hambrientos,
Y de tantas zozobras descontentos.

Mas por algunas guias ya tomadas
De indios que hallaban divertidos,
Salieron á las tierras deseadas,
Y no fueron allí mas proveidos;
Pues á causa de guerras atrasadas
Habia muchos pueblos destruidos,
Porque Fernán Cortés y sus linientes
Traían fatigadas estas gentes.

Allí donde la proa todos llevan
En fundar poblacion con su consejo,
Estaba ya fundado Santisteban
Por capitán un Pedro de Vallejo;
Temió Garay de que estos no se muevan,
Y en acercarse tuvo mal consejo,
Porque los de Cortés dieron en ellos
Y prendieron á los cuarenta dellos.

Grijalva también tuvo desavíos,
Pues yendo caminando su viaje,
En unos arrecifes y bajios
No vistos antes en aquel paraje,
De los once perdió cuatro navios
Con todos los pertrechos y fardaje,
Ancló los demás cerca del puerto
De Panuco, segun fué su concierto.

Los de tierra por falta de comida
Estaban ya como de los cabellos,
Andando mucha gente divertida,
También mataron indios muchos dellos;
Supo Fernán Cortés esta venida,
Y envió capitanes contra ellos,
Aunque los mas á causa del provecho
Tenian al Cortés dentro del pecho.

Porque costumbre fué de señorios,
Que quien mas puede tiene mas devotos;
Conoció, pues, Garay sus desavíos
En hallar sus soldados tan remotos;
Al Vallejo rindieron sus navios
También ciertos maestros y pilotos,
Los cuales alevosas sinrazones
Causaron al Garay graves pasiones.

Y estando rodeado de pesares
Aquellos capitanes cortesanos,
Llegaron á las partes y lugares
Que de Garay estaban mas cercanos;
Tuvieron grandes dades y tomases,
No para que viniesen á las manos;
Antes dando y tomando sobre puntos
Los unos con los otros fueron juntos.

Tuvieron, aunque no con duro pecho,
Sobre sus causas mil alteraciones,
Cada cual alegando su derecho,
Y mostrando reales provisiones;
Vinieron al concierto deste hecho,
Y fueron estas las resoluciones:
Enviar á Cortés sus mensajeros
El Garay y los otros caballeros;

Y que sin proceder en la contienda
Para que toda sinrazon cesase,
Le volviesen navios y hacienda
Sin que ninguna cosa le faltase;
Sujetando los suyos á su rienda
Para que con rigor los embarcase,
Y á las Palmas hiciesen su jornada,
Pues era tierra rica y bien poblada.

Hicieron el concierto referido
Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado,
Capitán de Cortés, por mas querido
Para tales negocios enviado;
Garay se holgó mucho del partido
Teniéndolo por bueno y acertado;
Congregó luego muchos de su gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

« Si tengo de deciros las verdades,
Amigos, compañeros y señores,
Bien sabeis que las buenas amistades
Que tanto celebraron los mayores,
Se conocen en las adversidades;
Cuando fortuna siembra sus rigores;
Y entonces es el bueno menos vario
Cuando hado se muestra mas contrario.

» Y pues que la costumbre de los buenos
Es no desamparar al buen amigo,
Y sabeis bien que nunca yo fui menos,
Sino mejor aun desto que aqui digo,
De toda la lealtad sereis ajenos
Si no permaneciédesdes conmigo,
Teniendo ya por cosa conocida
Que a nadie quiero menos que á mi vida.

» El tal amor deseo que se entienda
Por mis obras y blando tratamiento,
Pues gasté con vosotros mi hacienda
Para daros cabal aviamiento;
Y para yo tener segura prenda
Os ligastes con santo juramento,
Prometiéndome todos á porfia
De no dejarme por ninguna via.

» Si cerca del negocio prometido
Lo contrario hacer alguno piensa,
No solamente yo soy ofendido,
Pero también haceis á Dios ofensa;
Y así cuando tengais mayor olvido
De su mano verna la recompensa,
Pues quebrantais la jura del muy alto,
Y faltais á quien no hallastais falto.

» Si pensais por allá recoger frutos
De riquezas por mas breves atajos,
Nunca las hallareis á piés enjutos
Ni por caminos llenos de gasajos;
Ni querra dar Cortés salvos condutos
Para que goceis dellas sin trabajos;
Lo que hara sera daros un cebo
De tierras nuevas que ganeis de nuevo.

» Pues para no gozar lo descubierto
E ir á conquistar nuevas regiones,
Mejor os es volver á lo mas cierto
Y á do dejais insignes poblaciones;
Para lo cual en mi tenéis abierto
Un camino de grandes galardones,
Y estuviera ya este comenzado
Si no fuera de muchos engañado.

» Y pues no hago vano cumplimiento,
Y está mi voluntad sana y entera,
Recebiré merced y gran contento
De que ningunos os salgais afuera;
Sino que sin penoso sentimiento
Pasemos todos juntos la carrera,
En la cual hallareis ser el efecto
Mayor que por palabras os prometo.

Estas amorosísimas razones,
Espresadas debajo buen intento,
Hicieron muy livianas impresiones
En la gente de tal ayuntamiento;
Pues sin embargo de persuasiones
Le huían hoy diez, mañana ciento,
Y por se desmandar como bestiales
Mataron muchos estos naturales.